

Recorte de

118
FARO DE VIGO

VIGO

Fecha 15. ENE. 1977.....

LOS PUEBLOS

Los pueblos, aunque ya no se parezcan a «Los pueblos» de Azorin, continúan manteniendo aquella veta de dorada y apetitosa apacibilidad, meta del corazón humano desde que el mundo es mundo, imposible de encontrar hoy en la gran ciudad, que desarbola al hombre, congela el refranero y empuja —prisa, droga, volante y contaminación— a los dramáticos precipicios, como pintados por un nuevo Doré, del infarto.

«Por las calles más puras del pueblo me encontraréis», avisó un día García Lorca, no sin razón, pues sólo en los pueblos el alma puede todavía serenarse, aunque sea por aquello de que en el pueblo se dejan oír campanas sabiendo dónde.

De verdad que en el pueblo podemos despedirnos de alguien con el socorrido «nos vemos», a sabiendas de que, efectivamente, volveremos a vernos, hecho irrepetible en la populosa urbe, en la que al prometernos formalmente cenar juntos «un día de estos» contamos con la absoluta certeza de que jamás cenaremos juntos, porque siempre habrá de interponerse, en contra de nuestra gastronómica decisión, una gestión imprevista que resolver, una carta urgentísima que contestar y una visita a Pepe, que acaba de ingresar en una clínica con varias costillas machacadas por mor de un derrape: gestión que luego no se resuelve a causa de una ventanilla que se cierra precisamente al llegar nuestro turno, carta que no se contesta porque ha surgido otra más apremiante que despacha, y visita a Pepe que para nada va a servirnos pues cuando, tras saltamos un semáforo en rojo, acatar franciscanamente una multa por exceso de velocidad, vender un embotellamiento y equivocarnos de clínica, llegamos a la verdadera, resulta que Pepe acaba de fallecer y ya sólo nos resta el recurso de enviarle una corona de crisantemos, a escote con los amigos del club.

Todavía en los pueblos, afortunadamente, por supuesto, y pese al salón —«coiffeur pour dames»— de Braulia, el «snack-bar» del Isidoro y la «discotheque» abierta por el ex-sacristán de la parroquia vieja, se llega al conocimiento de las estaciones del año no por la fecha del periódico sino por el propio paisaje: —¿Has visto esa hoguera de oro que, alcanzado por la luz del otoño viene a resultar el árbol de mi patio?

Bueno, imagen poética de más o de menos.

Olor de horno, horno de pueblo; sinfonía de tejados con verdin, casona de los abuelos, paseo con álamos del río... Más: beberse golosamente un trago de aire sin contaminar, oír cantar si no el pájaro pinto, anulado por el transistor, a todo volumen, del vecino, al menos la bucólica y terca cigarra; aceptar un almuerzo con pollo con sabor a pollo de corral, pollo de pueblo, con sobremesa de larga, sosegada conversación... Porque todavía en los pueblos puede arraigar la flor de la cháchara, lujo totalmente inalcanzable en la gran ciudad.

Apoyándose en su capacidad lenguaraz, Foxá calificó a los pueblos en dos series, pueblos que hablan poco y pueblos que hablan mucho. Ahora un pueblo hablador ha obtenido el primer premio en el concurso de embellecimientos de pueblos de la provincia de Murcia. Que La Unión resulta, efectivamente, un pueblo hablador anda a las claras, pues no en vano en los liricos hornos de su folklore se cuece el sabroso pan del trovo. El trovo no es otra cosa que una conversación improvisada, resueltas en coplas, «sin llevarlas pensadas ni escritas de antemano» según los cánones troveros.

En tierras de La Unión nació, por otra parte, el llamado «cante de las minas», que es otra manera de entrar en conversación sobre el tema del amor, el trabajo, la muerte... Pemán, al ocuparse del «cante de las minas» habla de un «estilo Oeste dejando su sello y su ritmo en estas tierras murcianas de La Unión. Porque La Unión, como Yecla su hermana, ha acabado por entrar en la literatura. Toda su historia, un dramático, tremendo guión cinematográfico, a caballo entre Ford y Visconti.

Engatusado por el esplendor minero de la «Nueva California», mote glorioso que mereció la Unión a principio de siglo, Amador de los Ríos pudo piopearla como futuro «símbolo y representación de las edades y los progresos modernos». Se engañó. Explotada por unos y otros, incluso un día por la misma Roma que, en contra de su costumbre de aquí se lo llevó todo sin dejar nada, a La Unión quedóle sólo la espiritual impronta, el gesto señorial un tanto escéptico que sólo el dolor acuña. «¿Qué voluntad de milagro —se ha escrito en alguna ocasión—, qué férrea decisión la de sus hombres para que La Unión vuelva hoy a ser, al fin, algo más que un hermoso recuerdo literario y sentimental!».

Es posible que, al paso de los años, una imprevista circunstancia entronque a La Unión a aquel destino de gran urbe, soñado por Amador de los Ríos. Sin embargo, a La Unión, como en el verso de Garcilaso, ya nadie le podrá despojar de su «dolorido sentir».

ASENSIO SAEZ